

ct

Malvados de Oro

de
Jesús Laiz

(fragmento)

Es cierto eso que dicen: es mucho más divertido hacer de malo que hacer de bueno. Sinceramente, interpretar a un malvado produce una satisfacción casi perversa, hay algo muy placentero en saber si tendrá redención o no, en encontrar el origen de su maldad. Pero, ¿qué es la maldad? ¿Qué es el mal?

La Real Academia de la Lengua define el mal como “lo contrario al bien, lo que se aparta de lo lícito y honesto”. Entonces, ¿por qué nos atraen tanto los malvados? Norman Bates, Lex Luthor, Vito Corleone, Hannibal Lecter, Walter White, Tony Soprano, Darth Vader... Hay algo paradójico, contradictorio e irracional, a medio camino entre el amor y el odio, que nos hace sentir cierta admiración por ellos aunque sepamos que su comportamiento es absolutamente censurable. Lo que nos seduce de estos personajes es que no respetan las reglas, que no tienen ningún pudor en satisfacer sus necesidades sin importarles lo que dicten la ética o la moral, y que se dejan llevar libremente por esos impulsos primitivos que los demás también sentimos pero que hemos tenido que contener para formar parte de la sociedad. Al empatizar con estos personajes, en alguna medida saboreamos las mieles de la transgresión pero nos libramos de sufrir las dolorosas consecuencias de sus actos. Y cuando, finalmente, el malvado recibe su castigo, sentimos que se ha hecho justicia y que todo vuelve a funcionar según el orden establecido. Es por eso que la figura del malvado contribuye a elaborar un juicio de valor sobre lo que está bien y lo que está mal. El problema reside en que, en la mayoría de las ocasiones, son las circunstancias y el punto de vista adoptado los que deciden qué está bien y qué está mal, y para nosotros el malo siempre es el otro, aunque, probablemente, el otro piense lo mismo de nosotros. Y es que comportarse correctamente el 100% de las veces, el 100% de los días, además de agotador, es, simplemente, imposible: ¿Nunca has robado nada de una tienda? ¿No te has saltado un semáforo en rojo? ¿Nunca has dado una patada a un perro o a un gato? ¿No te has quedado con ganas de bajar del coche y partirle la boca al conductor de al lado? Y no sé a vosotros, pero cuando uno ve lo que le estamos haciendo al planeta, cuando ves lo que está haciendo Europa con los refugiados o cuando te enteras de que otro político se ha llevado un montón de dinero... a mí me entran ganas de ser muy malo.

En nuestro Siglo de Oro tenemos un amplio elenco de malvados entre los que se encuentran algunos de los personajes más brillantes de nuestro teatro. Y aunque hay quien se empeña en defender lo contrario, no tienen nada que envidiar a los villanos del teatro isabelino. Vale, sí, es verdad: Yago, Ricardo III, Lady Macbeth... Son todos muy malos, es cierto... pero los nuestros lo son más. Hay que quitarse el sombrero al hablar de los malvados que ha engendrado la pérfida Albión, pero para hablar de los nuestros hay que quitarse el sombrero y ponerse un casco y una armadura: torturadores, violadores, parricidas, genocidas... incluso algún que otro monstruo despiadado. Además (sin acritud, ¿eh?):

.- No es ningún secreto que nuestro lenguaje es mucho más rico y elaborado.

.- Cuando Thomas Kyd escribió la *Tragedia española* los ingleses tuvieron que inventar un nuevo género teatral para estar a nuestra altura: “la tragedia de venganza”.

.- Y la mayoría de los malvados del teatro isabelino proceden de una misma pluma: William Shakespeare, mientras que nosotros contamos con Lope, Tirso, Calderón, Ruiz de Alarcón... España 1, Inglaterra 0, ¡toma Brexit!

Lo que ocurre (desde el cariño y el respeto, ¿eh?) es que los ingleses siempre han sabido venderse mejor, pero que no os quepa duda: nuestros malvados son mucho más malos.

CUADRO II

Buen ejemplo de ello son nuestros Comendadores. La figura del Comendador es de tal importancia para nuestro teatro áureo que los eruditos han acuñado el subgénero de Comedias de Comendadores; en éstas, la acción se vertebra a través de un conflicto entre el Comendador de una Orden Militar: Calatrava, Santiago, Alcántara... y alguno de sus vasallos. El Comendador, representante del poder, con actitud despótica abusa de su posición con el fin de conseguir el objeto, casi siempre femenino, de sus deseos, y el campesino, haciendo gala del honor que se le presupone a su rival, defiende su dignidad y su honra.

Son varios los ejemplos, y de gran altura dramática, que encontramos en nuestro teatro Barroco: el Comendador D. Álvaro de Ataíde, de *El Alcalde de Zalamea* o el Comendador de *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*, pero me voy a centrar en el más peligroso de todos: el Comendador Fernán Gómez, de *Fuenteovejuna*.

(Desde el personaje de Fernán Gómez). Soy un hombre impulsivo, avasallador, prepotente y déspota, una persona sin ningún freno moral y con un apetito sexual desmedido. Llevo algún tiempo alojado en Fuenteovejuna, en aras de enfrentarme a las huestes de los Reyes Católicos, y desde entonces las mujeres del pueblo no van solas a ninguna parte por miedo a encontrarse conmigo. Ya he gozado de varias, muchas de ellas casadas, alardeando después de mis logros: “a las fáciles mujeres / quiero bien y pago mal”. Hace más de un mes que acoso a la pobre Laurencia, incluso en una ocasión estuve a punto de violarla, pero Frondoso, su prometido, lo impidió en el último momento amenazándome con mi propia ballesta y haciéndome retroceder.

En la segunda jornada parto a combatir a Ciudad Real, decido llevarme secuestrada a Jacinta, otra villana casada, para entretenerme en los “tiempos muertos” que me deje la batalla. Nadie en el pueblo se siente con fuerzas para enfrentarse a mí y a mis esbirros, sólo el pobre Mengo osa interponerse y no para plantarme cara, sino para rogarme que no me lleve a Jacinta. Entonces, despiadado, ordeno que lo aten a un árbol y lo azoten: “hasta que salten los hierros de las correas” y termino raptando a Justina para el disfrute de toda la soldadesca. Pero lo peor aún está por llegar. Cuando vuelvo de Ciudad Real, con toda la rabia y la frustración generadas por la derrota, me presento en la celebración de la boda de Laurencia y Frondoso. Con total impunidad, arrebató la vara de alcalde al viejo Esteban y le golpeo con ella, me llevo preso a Frondoso con la intención de “colgarlo de la almena de una torre” y secuestro a Laurencia para violarla en su propia noche de bodas.

(Desde el actor). Un violador se nutre de fantasías depravadas, es obsesivo, compulsivo, iracundo, y sufre una irremisible tendencia a ejercer el control y la humillación sobre sus víctimas a través de la agresión sexual. Nuestro Comendador no tendrá tanta suerte con Laurencia, una de las grandes rebeldes del teatro español y, según los entendidos, la primera mujer capaz de defender su injuriado honor por sí misma. Después de la noche de bodas, cuando los hombres están celebrando una junta para ver si se enfrentan o no al Comendador, Laurencia irrumpe en el lugar para criticar el comportamiento cobarde de su padre y de todos los hombres de Fuente Ovejuna. Laurencia está a punto de prender la mecha de la revolución. Y así es como lo hará: